

## ¿NO HAN LEÍDO NUNCA EN LAS ESCRITURAS? (Mt 21,33-43)

En aquel tiempo, Jesús dijo a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos del pueblo, <sup>33</sup> «Escuchen otra parábola. Era un propietario que plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó en ella un lagar y edificó una torre; la arrendó a unos labradores y se ausentó. <sup>34</sup> Cuando llegó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores para recibir sus frutos. <sup>35</sup> Pero los labradores agarraron a los siervos, y a uno lo golpearon, a otro lo mataron, a otro lo apedrearon. <sup>36</sup> De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros; pero los trataron de la misma manera. <sup>37</sup> Finalmente les envió a su hijo, diciendo: “A mi hijo le respetarán”. <sup>38</sup> Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron entre sí: “Éste es el heredero. Vamos, matémoslo y quedémonos con su herencia”. <sup>39</sup> Y, agarrándolo, le echaron fuera de la viña y le mataron. <sup>40</sup> Cuando venga, pues, el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?» <sup>41</sup> Dijeron: «A esos miserables les dará una muerte miserable y arrendará la viña a otros labradores, que le paguen los frutos a su tiempo». <sup>42</sup> Y Jesús les dice: «¿No han leído nunca en las Escrituras: *La piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido; fue el Señor quien hizo esto y es maravilloso a nuestros ojos?* <sup>43</sup> Por eso les digo: Se les quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos.

¡Otra parábola! ¡Otra parábola sobre la viña! Es la tercera vez, o es el tercer domingo, en que la viña aparece como el escenario de las parábolas. Y la viña, en las tres parábolas, tiene el mismo propietario, inconfundible aunque con distintos roles. En esta última se le conoce como el «Dueño de la viña» (40a). En la primera parábola Jesús contó que el Dueño salió a diversas horas del día y contrató diversos trabajadores para su viña. A pesar de la evidente diferencia de trabajo en la viña, cada trabajador recibió la misma paga, a pesar del lamento, la cólera y la envidia de los trabajadores madrugadores. Así es el Dueño, bueno y con una bondad sin límites ni diferencias. Luego, el Nazareno volvió a contar y además reveló, que el «Dueño de la viña», para sorpresa de muchos judíos, tiene dos hijos. Uno menos desobediente que el otro, sin embargo son sus hijos. El Señor no quiere hijos perfectos, sino hijos que recapaciten (*metamēlomai*), ilustra Jesús. Y la parábola de este domingo revela finalmente la identidad del propietario y la identidad de la viña. El Dueño de la viña no es sino el Señor (40a) y la Viña no es sino otra manera para designar a Israel, «la viña del Señor». Dicho de otro modo, la parábola trata sobre la relación particular que existe entre el Dueño y su Viña; entre el Señor e Israel (42). Porque mencionar la viña, para los judíos, es mencionar Israel. Ellos lo sabían muy bien. Los ejemplos son numerosos. Basta mirar la primera lectura. Lo sabían los directos destinatarios de la parábola (45), lo sabía el pueblo y lo supieron los primeros cristianos.

### La viña del Señor

La parábola de la viña, más conocida, como la «parábola de los viñadores asesinos» contiene una serie de alegorías que desvelan la figura de Israel como propiedad del Señor y como pueblo elegido. Sería extenso enumerar o describir cada alegoría, sin embargo, mencionaré las más relevantes. Lo primero que hizo el Propietario, con mucha

atención y con mucho cariño – contó el Nazareno – fue «plantar una viña», un pueblo. (Gn y Ex). Su amor, predilección y cuidado fueron singulares. Por eso, edificó y fortaleció a su pueblo como ninguna otra viña. «La rodeó de una cerca», para que Israel fuese protegido de las costumbres, tradiciones y divinidades de los pueblos vecinos. «La cerca» era la *Torah*. Con ella, con la Palabra de Dios, con la *Torah*, el pueblo estaría protegido de la mentalidad corrupta de los pueblos paganos que la rodeaban. Luego, «cavó un lagar»; el lagar es una especie de presa antigua o una tina enorme de piedra donde se pisa la uva para obtener el vino o el mosto. En su viña, el Señor cavó un lagar para que el pueblo tuviera vino, vino que alegra el corazón como dice el salmista (104,15), y se manifieste la bendición especial del Señor. Y no satisfecho con eso, le «construyó una torre» (un atalaya), que protegería su viña. El Señor quiso que su viña, Israel, estuviera siempre vigilada, que no es sino la mirada privilegiada del Señor hacia su pueblo. La torre no significa control, dominio o posesión. Todo lo contrario. Tanto es así que el Dueño bondadoso la «arrendó a unos trabajadores y se marchó» (en griego: «la donó»). Su bien máspreciado la donó a unos trabajadores para que lo administraran. No para que se apropiasen, sino para que obtuvieran frutos buenos. Pero estos, al poco tiempo se olvidaron del don, y se olvidaron que habían sido nombrados administradores privilegiados de la viña. Por eso, en el tiempo de la cosecha se olvidaron de los frutos (34-35) y tramaron más bien cómo apropiarse violentamente de la viña (35-38). No entendieron que la posesión de la viña es un don. No entendieron los proyectos del Dueño. No entendieron el «don» (*didomi*) del Señor (33b). No leyeron bien las Escrituras (42b).

Los enviados por el Dueño y hasta su Hijo se convirtieron así, en poco tiempo, en enemigos y usurpadores de la viña. No solo fueron maltratados y golpeados, sino también asesinados. Sucedió así con los profetas e incluso con el mismo Hijo del Dueño, a quien lo crucificaron y lo mataron en las afueras de Jerusalén (39). Pobres individuos que no entendieron el proyecto del Señor. Pobres e ingenuos trabajadores. Pobres hombres violentos y codiciosos. Pobres individuos que intentaron echar al Hijo y al Dueño de la viña. Pobres israelitas que quisieron expulsar a Dios de Israel. ¡Pobres hombres! ¡Pobres individuos que entendieron las Escrituras! (42). Y entonces, aquí, la pregunta crucial que resonó por siglos: «Cuando venga el Dueño de la viña. ¿Qué hará con aquellos trabajadores?» (40). Seguramente tú también responderás como respondieron aquellos hombres.... (41).

### **Alianza**

¿Pero por qué tanta predilección con aquella viña? ¿Por qué tanto cuidado? ¿Por qué tanta paciencia? Detrás de la figura de la viña existe otro concepto teológico bíblico que es también de uso exclusivo de este pueblo o de esta viña, de la relación exclusiva entre Dios e Israel. Se trata de la «alianza». No existe ni aparece este concepto en otro pueblo de la tierra. Dios hizo una alianza con Israel, el Dueño con su viña. Y esta alianza se puede sintetizar en una expresión única que aparece en varios momentos de la vida de Israel: «Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Ex 6,7; Jr 31,33; Ex 36,26 s). Pero Israel, como lo muestra la parábola del Nazareno, no supo valorar esta predilección. Sus dirigentes, como lo muestra la parábola, no supieron entender el don de la viña. Se apropiaron de ella e hicieron que el pueblo desconociera a los enviados por el Dueño, desconociera a su Hijo y desconociera al mismo Dueño. Pues, Él no se ausentó para siempre. Todo lo contrario. Sigue y seguirá siendo el Dueño por siempre. Por eso, en un momento decisivo de la historia, el Señor decidió cambiar de pueblo. Pero bajo una condición: que el nuevo pueblo «rinda frutos» (43).

Esta parábola toca el núcleo esencial de nuestra fe y de nuestra liturgia dominical. El nuevo pueblo es la Iglesia, la nueva viña del Señor (43). Con esta nueva viña, el Señor hizo ahora una nueva alianza y lo dijo durante su última cena (Lc 22,20). Y nosotros lo repetiremos todos los domingos hasta el fin de los tiempos: «este es el cáliz de la *nueva alianza...*» (Lc 22,20). Su alianza es su nueva Viña, de la cual tú formas parte. ¡Maravíllate cristiano! «¡Oh abismo de riqueza, de sabiduría y de ciencia el de Dios! ¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!» (Rm 11,33).

### **Quedémonos con la viña**

¡Atención! Fijemos nuevamente en un detalle importante. Aquellos malvados trabajadores quisieron apropiarse de la viña ahuyentando a cualquiera que se identificará con el Dueño. La parábola se hizo verdad en la época de Jesús y en muchas otras épocas de la historia. ¡Atento! ¡Atento, cristiano! Atento a los frutos, aunque existan inquilinos que intentan siempre expulsar al Dueño de la Viña. Así lo hicieron o intentaron: Voltaire, Schopenhauer, Freud, Nietzsche, Sartre, Saramago, Hitler, Abimael Guzmán, los grupos terroristas en el Perú, etc.; y hoy lo intentan, las filosofías materialistas, los científicos ateos, las nuevas ideologías, los gnósticos de moda, los eclesiásticos paganos, los políticos anticlericales, los escritores incrédulos, los partidos políticos ateos y el mundo pagano que postula una sociedad sin Dios como signo de una sociedad desarrollada. Muchos, como muestra la parábola, intentaron (o intentan) arrojar a Dios de la sociedad, sin darse cuenta que ellos son solamente inquilinos y que uno es el Dueño, el «Dueño de la Viña» (40a).